

Díez Fischer, Francisco Martín

La filosofía y los nacidos : ¿Por qué los filósofos olvidaron el nacimiento?

XII Congreso Latinoamericano sobre Religión y Etnicidad. Cambios culturales, conflicto y transformaciones religiosas, 2008
Asociación Latinoamericana para el Estudio de las Religiones y Universidad
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Díez Fischer, F. M. (2008, julio). La filosofía y los nacidos : ¿Por qué los filósofos olvidaron el nacimiento? [en línea]. Presentado en XII Congreso Latinoamericano sobre Religión y Etnicidad. Cambios culturales, conflicto y transformaciones religiosas, Asociación Latinoamericana para el Estudio de las Religiones y Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, Colombia.
Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/filosofia-nacidos-por-que-olvidaron-nacimiento.pdf> [Fecha de Consulta:...]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Trabajo presentado en el *XII Congreso Latinoamericano sobre Religión y Etnicidad. Cambios Culturales, Conflicto y Transformaciones Religiosas.*

Organismo organizador: Asociación Latinoamericana para el Estudio de las Religiones (ALER – México) y Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Lugar y Fecha: Bogotá, 7 al 11 Julio de 2008.

LA FILOSOFÍA Y LOS NACIDOS

*¿Por qué los filósofos olvidaron el nacimiento?**

Lic. Francisco Díez Fischer
Universidad Católica Argentina
CONICET

Abstract

El nacimiento es un acontecimiento primario en el que se plantean muchas de las cuestiones bioéticas de los derechos humanos. Su actualidad como tema se deja ver en la vidriera de los congresos y muestra el aparente atraso de la filosofía que ha mirado con recelo y de reojo el suceso del nacimiento. Stanislas Breton ha dado sus razones respecto de una inclinación tanática de la filosofía que la ha llevado a meditar más sobre el final de la vida que sobre el acontecimiento que le da origen. Sea como fuere ¿por qué exigirle a la filosofía un nuevo imperativo categórico? ¿por qué incomodarla en terrenos que no le son nativos? El intento de esta marcha a tientas será buscar la posibilidad de un saber filosófico del naciente.

Palabras claves: nacimiento, origen, filosofía, lenguaje, mundo

Si tomamos los términos inaugurales de este trabajo “nacimiento” y “filosofía”, la fórmula más conocida y común a través de la cual los uniríamos sería sin duda “nacimiento de la filosofía”. Como sabemos la expresión refiere claramente a su origen histórico. Sin embargo, su exactitud no indica que la función del genitivo que los vincula manifieste una relación clara y evidente entre ambos términos. Mas bien, -y las cosas se complican siempre en el lugar más insospechado-, la cotidianidad de la formulación parece ocultar una resistencia del nacimiento a entrar en los terrenos de la filosofía o un temor de la filosofía a enfrentarse con el problema que le plantea el acontecimiento del origen.

A principios del siglo XX, algunos de los implicados con esta cuestión (Breton, Zambrano, Arendt), han hecho saber que los filósofos se han ocupado poco o nada del nacimiento. Ya desde Heidegger en adelante, -primer fiscal delator de las historias de olvido ocultas bajo los relatos filosóficos oficiales-, se han sumado al olvido del ser, el olvido del lenguaje (denunciado por la hermenéutica filosófica), el olvido de la vida y de las cosas mismas (objetivo de gran parte de la fenomenología contemporánea)¹, y este aparente olvido del nacimiento. De manera que, consecuentemente con la revelación heideggeriana del ser, la filosofía ha trabajado por su subsanar estas omisiones y fruto su esfuerzo han sido, por ejemplo, el descubrimiento de la universalidad lingüística y la vuelta rememorativa a la cosas mismas. Pero, sus intentos por recordar el nacimiento parecen haber sido débiles y aislados. Claro que no pueden dejar de reconocerse las afanosas tentativas que varios pensadores han realizado en torno a los factores del enunciado “nacimiento de la filosofía” con el objetivo de invertirlos y dar a luz a una “filosofía del nacimiento”. Ensayos como los de Stanislas Breton, María Zambrano, Hannah Arendt y más recientemente, Peter Sloterdijk muestran como una parte de pensamiento filosófico ha querido superar este particular olvido. Pero ¿por qué los filósofos, en general, han preferido hasta hoy en día meditar más sobre el *ser para* la muerte que sobre el nacimiento? Podríamos debatir si no es inherente a la filosofía un impulso tanático estructural que determina todas sus formas.

Ante el silencio filosófico, ejercitamos la tarea histórica de subir a hombros de otros para esclarecer a qué se debe lo aparentemente inexplicable. Breton ha ensayado dos razones que intentan dar explicación de este olvido². El primer motivo, por el que la filosofía podría haber olvidado el nacimiento, radica en que el modelo humano sobre el que trabajan y piensan los filósofos no puede ser más que el hombre adulto, consciente y bien organizado frente al mundo, y no el niño que es sujeto del nacimiento. La segunda razón es que la referencia a la muerte, más presente en el adulto, funda una clausura del existir que coincide y satisface la demanda filosófica de un pensamiento del todo. Por el contrario, el nacimiento y la infancia, en tanto aberturas indefinidas, mortifican ambas exigencias de organización y totalización, abriendo horizontes de posibilidades cuya previsión y concreción escapan a cualquier sistema filosófico.

Lo cierto es que justificado o no su olvido, si un niño se acercara al filósofo y le preguntara con inocencia de dónde viene o la razón de por qué y para qué ha nacido, la filosofía no quedaría exenta de intentar dar respuesta a las preguntas por el nacimiento. Nuestra guía para tan desbordante tarea serán aquí tres cuestiones: 1) qué significa comenzar, 2) qué relación

une a la conciencia adulta con su propio nacimiento, y 3) cuán profundo llega a extenderse el carácter fundante de un ser *nacido*.

1. ¿COMENZAR O COMENZAR DESDE EL COMIENZO?

En filosofía uno se decide no sólo por soluciones sino también por la persistencia de problemas; y el enigma de la vida, que comienza por anidar en el nacimiento, parece ser una constante provocación hecha en dirección al pensamiento. Conviene comenzar con una reflexión fundamental, como cuando uno ha de buscar una palabra que tenga que durar mucho. Y, al igual que en esta búsqueda, debemos saber que si tenemos aquí la palabra es porque alguien ya la tuvo antes en otra parte; lo cual sintetiza el escándalo del pensar frente al nacimiento en una pregunta: “¿Cómo se comienza a comenzar?”³.

Si imaginamos un teatro, nacer sería como la situación de quien llega en el entreacto de una obra ya empezada y busca a oscuras su sitio. Desde entonces no le queda más que participar de lo que sucede en el escenario con la mayor atención que le sea posible. Se hace evidente que al nacer comenzamos a ser entre seres ya comenzados y, en seguida, comprobamos que comenzar y comenzar desde el comienzo son dos cosas muy distintas. Incluso si sumamos la pretensión de empezar desde el principio *por uno mismo*, nos veremos conducidos al resignado reconocimiento del hecho de que no hemos sido nosotros los que hemos elegido venir al mundo. Mas bien, nuestro modo de iniciar puede definirse, como sugiere Sloterdijk, como un poder comenzar en lo ya comenzado, dado por quienes han nacido antes que nosotros.

La condición de pertenencia es la peculiaridad del nacer bajo la que se escriben las primeras páginas de la propia autobiografía. Otros nos hacen entrar en la comunidad a la que perteneceremos. Nos dejan inscriptos y ligados a una cadena de generaciones pasadas y futuras para vivir “como ser distinto y único entre los iguales”⁴. La situación natal del comienzo invita a confiar en esa conversación histórico-universal que nos supera tanto desde el punto de vista del pasado como del futuro; y recuerda la responsabilidad indelegable de las generaciones vivas en la continuidad del linaje. Sólo porque ya estamos en medio de una historia es que podemos comenzar a contar nuestra propia historia; y más allá del grado de tragedia y comedia en el que vengamos al mundo, queda claro que si hay algo que en verdad no somos es hojas en blanco. A partir del primer aliento, incluso desde los primerísimos estadios de la noche intrauterina, toda vida es tan receptiva a la escritura como una tablilla de cera marcada por las huellas de “un pasado aún no-pasado”, tatuado en el propio cuerpo antes de la palabra, tan intemporal como el inconsciente y tan difícil de educar como los instintos⁵.

2. LA CONDICIÓN INACCESIBLE DE VENIR AL MUNDO

Al origen del ser en medio de una obra ya empezada, le siguen sucesivos comienzos, -por así decir, también a mitad de camino-: el de conciencia que dice “yo”, el de la memoria con los primeros recuerdos, y el de la narración en el aprendizaje de la lengua. En esos momentos

inaugurales, parece repetirse una peculiar relación de la conciencia adulta con el nacimiento. En este caso, imaginemos un libro⁶, pero no cualquiera de ellos, sino uno tan particular como el que Borges describió en su cuento *El Libro de la Arena*; un libro cuyas páginas no tengan ni principio ni fin. El cuento comienza con el relato de un hombre que recibe en su casa la visita inesperada de un vendedor de Biblias que le ofrece un libro sagrado.

“Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

– Ahora busque el final.

También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía:

– Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de Biblias me dijo:

– No puede ser pero *es*. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna es la última...”⁷

El *Libro de la Arena* es infinito; como ella no tiene principio ni fin. Su contenido nunca puede terminar de ser leído, por eso su anterior poseedor sólo podía ser analfabeto. Únicamente inconsciente de su “tesoro” podía cargar con semejante infinito literario, que era insufrible para el hombre educado y lector consciente, que termina por abandonarlo en algún anaquel de la Biblioteca Nacional, obsesionado por su contenido interminable. Según las consideraciones previas de Breton, un libro así sería sin duda antifilosófico. Irritaría de tal manera la exigencia de totalización del pensamiento que conduciría, como al protagonista del cuento, a rozar la demencia (y esa es siempre una razón suficiente para un sano olvido y ocultamiento).

Ahora bien qué sucede si la imagen de este libro, tan particular, se acercara a la relación entre la conciencia y el nacimiento. Toda vida “empieza con la concepción o el nacimiento y termina con la muerte. Ésta sería, por tanto, si queremos seguir con la misma imagen, un libro finito, del mismo modo que las biografías humanas son historias que pueden ser leídas al final y hojeadas de principio a fin”⁸. La certeza de nuestra finitud contrasta con el hecho de que lo aparentemente evidente puede llegar a ser un absurdo. Si exigiéramos a un hombre vivo leer la última página de su biografía, sonaría utópico y cínico, pero posible. Significaría plantearle al aún vivo la fantástica tarea de cerrar de golpe el libro de su vida y pensarse a sí mismo como ya muerto. En el otro caso, si lo invitáramos a leer comenzando con la primera página, la tarea se presentaría tan pronto absurda como imposible. Interpretemos su papel por un momento e intentemos, como el personaje del cuento, abrir la primera página de nuestra vida para leer en voz alta lo que está ahí. Nos aprestamos a hacerlo y enseguida se adivina cuán excesiva es la exigencia. Para nuestra conciencia adulta es imposible llegar a saber por cuenta propia que sucedió en el momento de nuestro nacimiento. Nos enfrentamos, de repente, a otra dificultad inesperada de nuestro comenzar.

2.1. LA CONCIENCIA DEL RECUERDO IMPOSIBLE

El ofrecimiento de narrar los primeros momentos de mi autobiografía, por más absurdo e imposible que sea, no es nada extravagante. Yo, como héroe de mi propia historia, tengo el derecho de haber estado allí de forma consciente para dar fe de mi entrada a la escena de este

mundo. Sin embargo, el nacimiento enfrenta a mi conciencia con esa clase de incómodas ausencias que están presentes en su faltar. “Por raro que pueda sonar, esta historia mía empieza con mi ausencia o, dicho más prudentemente, con la ausencia de mi recuerdo y bajo la pérdida de mi conciencia de haber estado presente”⁹. En verdad sabemos que, si podemos leer y recordar conscientemente esas primeras páginas, no son realmente las primeras. Ser adultos significa que la narración que hacemos de nuestra historia está condenada a no llegar nunca hasta los instantes iniciales. Estamos sentenciados a que, en este teatro, nuestra conciencia tenga que entrar siempre tarde con nuestra propia obra ya empezada. Incluso pareciera que debemos hacerlo por una puerta secundaria y con ayuda de acomodadores. Desde el primer momento de vida, en el útero materno y aún en las primeras hojas de la infancia, las narraciones de otros escriben el principio de mi historia con tatuajes de un color imborrable que cuentan, como dice Agustín de Hipona, “aquella edad que no recuerdo haber vivido y sobre la cual he creído a otros”¹⁰.

El fenómeno de una vida que se comprende a sí misma tiene el problema de una laguna y oscuridad en sus comienzos. Lo que puedo saber conscientemente sobre el momento de mi nacimiento se remonta a historias que he oído contar a familiares, a folletines retrospectivos con los que, de alguna manera, encubrimos este *horror vacui*: en el acontecimiento natal el sujeto que hoy dice “yo” aun no estaba totalmente presente. Que nuestro propio comienzo sea inaccesible a la conciencia da fuerza a la tesis de que los individuos se malentienden a sí mismos al menos tanto como se comprenden. La relación que el yo vive consigo mismo está cubierta siempre por una malla de oscuridades, de las cuales la primera y esencial es el ocultamiento del comienzo de su propia historia.

Que el olvido del nacimiento determine todas las formas naturales de autoconciencia, ¿no es un hecho que tendría que darnos mucho que pensar sobre el descuido de la filosofía? ¿No será esta expropiación, que sufre la autoconciencia natural respecto a sus inicios, un dato lo suficientemente sospechoso y tan elocuente como el manto de silencio con el que algunas familias encubren la existencia de ciertos parientes? Incluso ¿qué sería de la necesidad humana de días tranquilos si no viviéramos bajo la protección del nebuloso olvido de nuestro comienzo?¹¹

El nacimiento da la impresión de ser tratado de una forma tan grosera y desmemoriada por la propia conciencia que parecería que cada uno es un don nadie que, viniendo del Sur, una noche atraviesa furtivamente y sin papeles la frontera hacia la existencia. Sin duda, si uno fuera invitado oficial tendría derecho a ceremonias de recibimiento y a ser saludado como huésped importante en la oscuridad de esta tierra. Pero nuestro primer viaje tiene lugar, como el de todos, en una clandestina oscuridad y como sucede toda primera vez es doloroso. Incluso, que el parto no sea agradable y quiera ser oculto, es algo que repiten constantemente otras experiencias inaugurales. Por lo tanto, si algo de lo dicho hasta aquí sugiere que el olvido del nacimiento es estructural a la conciencia, tendríamos una razón para perdonar como natural, o tal vez hasta de sano descuido, el olvido de la filosofía.

2.2. LAS POSIBILIDADES LINGÜÍSTICAS DE NARRAR EL NACIMIENTO

El hombre, en cuanto ser finito que habla, comprende que el comienzo de su ser y el comienzo de su palabra no parecen ir de la mano¹². En las primeras páginas de nuestro libro biográfico, queda claro que cuando comienza el lenguaje en primera persona, el ser ya está ahí presente; y cuando se quiere narrar por propia cuenta el origen y los primeros años de existencia, uno se hunde en el agujero negro de la imposibilidad de su decir. Este defasaje, que acompaña al del recuerdo consciente, funda la incapacidad para contar el comienzo de mi historia más allá del *factum* indiscutible de la afirmación en pasado: “yo he nacido”. Pero también pone en escena que, si el hombre es un animal narrador por antonomasia, está condenado, a la vez, a hacerse cargo de sí sólo desde el momento en que puede pronunciar palabras. Antes está el caos de lo *sin nombre propio*, lo incontable de nuestro venir al mundo, que más tarde taponamos con relatos de otros, porque en verdad somos las criaturas que no disponen de su propio comienzo. Sobre esos momentos inenarrables, previos a que la gramática consciente estableciera sus relaciones, reposa el origen de los cuentos que los adultos se cuentan a sí mismos. La historia de la conciencia es hacer de ese primer soplo un verbo, sin poder dejar de reconocer en la extrañeza del nacimiento lo extranjero que cada hombre es de sí mismo. Cada uno comienza por contarse tardíamente y a través de otros su venir a la presencia, su inicio en ese mundo en el que se encontró viviendo.

Imaginemos que, por un momento, nos fuera permitido regresar de forma consciente a nuestro nacimiento, o más atrás aún, al instante de nuestra concepción, y pudiéramos comprender lo que está sucediendo ahí con nosotros. Si en ese preciso momento, también pudiéramos hablar. Afirmaríamos con verdad en presente: “yo nazco” o “yo estoy siendo concebido”¹³. ¿Qué pasaría en esa rara escena? ¿No se revelaría la falta de límites de lo inicial? La primera oscuridad se abriría de nuevo y nos atravesarían las agujas de la realidad para tatuarnos con la tinta indeleble de la identidad; otra vez se acercaría el hierro ardiente para marcarnos las propiedades reconocibles y grabarnos “los signos de separación a prueba de falsificación entre los omóplatos”¹⁴. El cuerpo, que soy yo mismo antes de contar con la palabra, encarna las características peculiares de estos rasgos profundos inscriptos en la naturaleza oculta de su frente. Pues lo que más lejos quiere ocultarse de nosotros se inscribe en ella. Es una de las partes del cuerpo que “posibilita especialmente la entrada en el inconsciente, toda vez que lo que caracteriza a las frentes es que no pueden verse nunca a sí mismas: ellas son lo que siempre se vuelve a los otros”¹⁵. Constituyen el ejemplo paradigmático de esa extraña situación del nacimiento, en la que nada puede ser más público que lo que es para mí inaccesible y que, al mismo tiempo, se caracteriza por no poder no delatarse¹⁶. El movimiento natalicio es el acontecimiento inaccesible para nosotros como seres conscientes que, a la vez, inaugura nuestra entrada en la arena de lo público. Nos anoticiamos de él por la narración de los otros; sin dejar, en ningún momento, de tenerlo presente como la ausencia del hueco olvidado del origen que, a lo largo de la totalidad de una vida, revela el trueno del rayo que ha tenido lugar en el comienzo.

3. EN EL UMBRAL DE LO PÚBLICO

El nacimiento, como hecho primero, fundador de otras tantas experiencias inaugurales que nos ofrecen a la luz de lo público, es el acontecimiento fundamental de la ontología política. Otorga una nacionalidad de pertenencia, sella el vínculo del nacido con su tierra y lo inscribe en la larga cadena comunitaria de sus ancestros, contemporáneos y sucesores. La natalidad es, como dice Arendt, una parte de la condición más general de la existencia humana¹⁷ y tiene que desembocar casi inevitablemente en la fijación dentro de una nacionalidad, en el sentido estricto de una *natio*. Incluso, no deja de haber una provocadora franqueza en el hecho de que, en las lenguas occidentales, la adquisición de una condición de pertenencia estatal en una nación huésped se defina como “naturalización” que no es otra cosa que “nacimientos artificiales”.

La condición política del nacimiento puede apreciarse aun más en detalle a través de su relación con el lenguaje. Más allá de la distancia o de la incapacidad humana de alcanzar lingüísticamente el instante del nacimiento, la lengua que nos es más próxima es siempre la de la comunidad política en la que venimos al mundo. “Si la vida y el lenguaje se transmiten fundamentalmente en los grupos de natalidad –y es difícil figurarse cómo podría ser esto de otro modo –, entonces en principio no se puede esperar de los hombres que crecen dentro de sus lenguas nacionales otra cosa que la capacidad de hablar sus lenguas nacionales en todos sus aspectos...”¹⁸. El nacimiento nos liga a ese *continuum* lingüístico, histórico y nacional, en el que el lenguaje es legado a los nuevos hablantes como el nuevo seno de los nacidos en el que viven y se educan. ¿Dónde vendrían los hombres al mundo si no en el interior de eso que llamamos lengua materna?

El carácter fundador de lo político del nacimiento se expresa también en la articulación que logra entre público y privado. Según Arendt, la esfera privada, como primera condición para la admisión en la esfera pública y en la completa ciudadanía, empieza por el nacimiento. Venir al mundo es un acontecimiento relacional que funda lo público desde lo oculto de lo privado. Todas las civilizaciones se han basado en lo sagrado de la propiedad privada¹⁹. La esfera familiar era y sigue siendo originalmente la esfera del nacimiento y de la muerte, que debe ocultarse de la esfera pública porque acoge las cosas impenetrables a los ojos y al conocimiento humano; “ocultas precisamente porque el hombre adulto no sabe de dónde procede cuando nace ni adónde va cuando muere”²⁰. Si bien la condición de nacidos es común a todos, el nacimiento se mantiene en secreto por ser escándalo de ignorancia para el saber de la conciencia adulta; forma parte de los misterios reveladores que escapan a la capacidad de narración y de las experiencias más allá del discurso que eran antiguamente no políticas o quizás antipolíticas por definición.

4. EL RELÁMPAGO INESPERADO

Imaginemos, una vez más, que el nacimiento fuera como un relámpago que brilla bruscamente en las primeras páginas olvidadas de un libro²¹; un rayo que cruza el cielo, anoticiando de nuestra entrada en la oscura clandestinidad del mundo. Si durante una tormenta nocturna sucede que se abre el cielo y durante un segundo un relámpago hace temblar el paisaje, ¿qué vemos? Su luz brilla sólo un instante y luego desaparece sin dejar rastros en el cielo; pero inmediatamente después de su aparición comprobamos que no existe oscuridad más profunda. El nacimiento también se produce en el firmamento oscuro de un pasado, bajo constelaciones

situadas, en las que da comienzo a nuestra historia. Su rayo refulge y se oculta, pero sigue estando en el cielo como la oscuridad profunda nacida de la claridad máxima, en la que todo lo visible alcanza visibilidad. Todos los que llegan al mundo viven en la continuidad de ese relámpago primero, que para la memoria permanecerá como un acontecimiento inalcanzable, pero nunca será completamente pasado en tanto su trueno todavía puede alcanzarnos en la oscuridad del mundo. En este sentido, la precisión imaginativa de Zambrano distingue “entre lo que se presenta como claro y lo que en su palpar oscuro crea claridad”²². Tal como el centro oscuro de la llama que ilumina, y hace ver todo lo que ilumina, el nacimiento es el rayo del origen, oculto a la conciencia, cuyo relampaguear se produce en la noche fértil del útero. Es la apertura por la que tiembla el mundo con nuestra entrada en la existencia. Ilumina la oscuridad del cielo y permanece oculto hasta que el “trueno natalicio que llega después es capaz de sacudirnos y hacernos despertar de la costumbre de vivir bajo la luz del relámpago duraderamente invisible”²³. Su estruendo no sólo se oye proveniente de una pasada lejanía, sino que conserva aun su fuego y enciende en la vida de la conciencia, como en un pánico escénico vital, las terribles turbulencias de la tormenta primaria. La sensibilidad para esta meteorología natal nos hace capaces de continuar temblando y comprender que a pesar de su oscura invisibilidad su *entonces* sigue siendo *todavía*.

5. LA (DES)VINCULACIÓN DEL NACIDO

En sentido estricto, el nacimiento, como hecho de salir al mundo, posterior a los meses de concepción, refiere a un vínculo [*Bindung*] que queda suspendido. Cuando el parto ha tenido lugar, el seno de la madre vuelve a ser ligero y libre. En cambio, el niño que parecía estar liviano en el cuerpo materno, empieza a sentir ahora el peso de la carne y la ligazón [*Anbindung*] al mundo²⁴. El parto, como desligamiento [*Entbindung*] del nacido de la madre, tiene también un aspecto liberador. Ser parido significa des-asfixiarse del estrecho infierno del final perinatal. Es la primera vez que el nacido accede al aire después de pasar por la estrechez del conducto. Acompasa el ritmo respiratorio: al aspirar se liga y al expirar se desliga. Brilla para él el primer resplandor de la libertad externa y se abre el claro que es el rayo ontológico de desligamiento por antonomasia²⁵.

Si bien el momento en que el niño se desliga de la madre, trae consigo la ligazón de la nueva vida al mundo, es cierto que para el recién llegado no existe exactamente un mundo al que pueda vincularse. Tras el dolor del parto, no cae de pleno en otro escenario. “Mundo” es sólo una expresión que entra en juego más tarde como compendio de los contenidos de la apertura en la que tras el parto quedamos desligados. Lo que llamamos “apego al mundo” es apego a lo que llena la apertura originaria; apego a los cuentos de relleno ante el telón de fondo de un miedo inaugurado al venir al mundo. La tesis acerca de su situación inicial tiene, entonces, que formularse nuevamente. El vínculo es el apego del niño a lo abierto, a lo imprevisible, a lo incierto del espacio que lo acoge. Nacer es rasgar el mundo, haberse abierto en la abertura, que no tiene por qué ni para qué, porque lo abierto es precisamente lo infundado. ¿Acaso las

preguntas por qué o para qué hemos nacido, no son dos cuestiones sin respuesta que incomodan a la conciencia durante toda la vida?

6. LA NOVEDAD DEL NACIMIENTO

Arendt llama *initium* al acto de iniciarse. “Con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física”²⁶. En este sentido, el impulso de la acción surge de aquel comienzo en la apertura que es el nacimiento: la aspiración con la que asumimos por primera vez lo abierto al respirar, y la expiración con la que respondemos comenzando algo nuevo. Actuar, en su sentido más general, significa para Arendt (re)tomar la iniciativa: crear²⁷, pues ya en la propia naturaleza del nacimiento como rayo original del *initium* reside el inicio de algo nuevo que no puede esperarse a partir de cualquier cosa que haya ocurrido antes. “Este carácter de lo pasmoso inesperado es inherente a todos los comienzos y a todos los orígenes”²⁸, incluso forma parte esencial de lo deslumbrante del rayo en la oscuridad de la tormenta. ¿Pero hasta qué punto es posible ese rasgo novedoso, común al nacimiento y a la acción, si siempre comenzamos en lo ya comenzado?

“Lo nuevo siempre se da en oposición a las abrumadoras desigualdades de las leyes estadísticas y de su probabilidad, que para todos los fines prácticos y cotidianos son certeza; por lo tanto, lo nuevo siempre aparece en forma de milagro”²⁹. Que cada hombre sea capaz de acción (de milagros) y que quepa esperarse de él lo inesperado e improbable, le viene por su condición de nacido. Con cada nacimiento algo singularmente nuevo entra en el mundo y “con respecto a este alguien que es único cabe decir verdaderamente que nadie estuvo allí antes que él”³⁰. Venir al mundo es el darse de ese irreplicable instante que produce el milagro de “solo una vez” ante el cual el gris visitante del *Libro de la arena* podría decir en voz baja para asombrarnos: “No puede ser, pero *es*”.

El nacimiento coloca ante la pregunta inicial, que abre cada vida, y permanece siempre planteada a todo recién llegado: ¿Quién eres tú? El descubrimiento de la respuesta estará implícita para Arendt entre las palabras y los actos del nacido. Si hasta “el acto más pequeño en las circunstancias más limitadas lleva la simiente de la misma ilimitación, ya que un acto y a veces una palabra, basta para cambiar cualquier constelación”³¹, más aún el nacimiento como acontecimiento relacional primordial porta la simiente de la ilimitación, fuerza las fronteras y corta esquemas. Con él una forma de lo abierto viene al mundo trayendo nuevos, aunque inciertos, posibles. No se extiende en la irrealidad, ni se repite en la circularidad, se centra en la intensidad de la pregunta ¿quién eres?. Esta intensidad es el modo de presencia del engendramiento que instaura lo incomparable, por eso “sin la articulación de la natalidad, estaríamos condenados a girar para siempre en el repetido ciclo de llegar a ser, sin la facultad para deshacer lo que hemos hecho y controlar al menos parcialmente los procesos que hemos

desencadenado, seríamos las víctimas de una automática necesidad con todos los signos de las leyes inexorables”.

Todo terminaría pronto en la ruina y la destrucción, si no fuera por la facultad de interrumpirlo y comenzar algo nuevo, facultad que es inherente a la acción a manera de recordatorio siempre presente de que los hombres, aunque han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar³². Este milagro de crear y nacer por segunda vez, escuchando el trueno de la vez primera, salva al mundo de su ruina. Todo lo nuevo es posible por el hecho del nacimiento, y lo abierto suyo brilla ocultamente para hacer del nacido un ser constantemente naciente. En verdad, la conciencia no llega hasta el instante inicial, ni dispone de él pero parte desde él cada vez, y ese permanente partir es la posibilidad de su estar.³³

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Borges, Jorge Luis, *El libro de la Arena*, en *Obras Completas III*, Barcelona: EMECÉ, 1997.
- Breton, Stanislas, *Causalité et projet*, Paris: PUF, 2000.
- Gadamer, Hans-Georg, *Philosophie de la Santé*, Paris: Éd. Grasset & Fasquelle et Éd. Mollat, 1998.
- Agustín de Hipona, *Confesiones*, en *Obras Completas*, Madrid: B.A.C. Vol. II. 1968.
- Mugica, Hugo, *Lo Naciente. Pensar el acto creador*, Valencia: Editorial Pre-textos, 2008.
- Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, Valencia: Pre-textos, 2006.
- Zambrano, María, *Senderos*, Barcelona: Ed. Anthropos, 1986.

* El presente trabajo ha sido presentado en el XII Congreso Latinoamericano Sobre Religión y Eticidad. *Cambios Culturales, Conflictos y Transformaciones Religiosas*, organizado por el A. L. E. R. En Bogotá, Colombia del 7 al 11 de Julio de 2008, dentro del Simposio (ALER33) Bioética y Religión: “La Fuerza de la vida y transformaciones culturales”.

¹ En el marco de la historia de los conceptos, Hans-Georg Gadamer señala que, por ejemplo, el concepto de “vida” ha sido desplazado al centro de la reflexión filosófica recién en el siglo XX, a través del giro fenomenológico de la filosofía. Cf. Gadamer, Hans-Georg, *Philosophie de la Santé*, cap 11. “La vie et l’âme”, Éd. Grasset & Fasquelle et Éd. Mollat, Paris, 1998, pp. 149-159.

² Cf. Breton, Stanislas, *Causalité et projet*, cap. “L’enfant nouveau-né”, PUF, Paris, 2000, pp. 43 y ss.

³ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, Pre-textos, Valencia, 2006, p. 16.

⁴ Arendt, Hannah, *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 1993, p. 202 Por eso “los romanos empleaban las expresiones “vivir” y “estar entre los hombres” (*inter homines esse*) o “morir” y “cesar de estar entre hombres” (*inter homines esse desinere*) como sinónimos”. Arendt, *La condición humana*, p. 22.

⁵ Aquí está condensada la historia del psicoanálisis. Tal vez tendría que decir “tatuado en el propio cuerpo como el lenguaje” y no “antes de la palabra”. Pues el lenguaje, en general, es justamente lo que, desde el punto de vista psicoanalítico, nos precede. Al venir al mundo, podríamos decir que el sujeto “ya había nacido”, porque ya había sido hablado y pensado por otros previamente. ¿Se podría pensar el nacimiento como una respuesta al Otro? ¿Cuándo empieza la emancipación del sujeto? Más aún, ¿Existe verdadera emancipación subjetiva? O ¿cuándo comienza uno a comenzar realmente? Agradezco aquí la discusiones que hemos tenido al respecto con mi colega Victoria Duhalde.

⁶ Seguimos aquí otra figura de Sloterdijk, el libro que “representa en el mundo una de las singularidades más gratas que pueden corresponder a una totalidad”. Sloterdijk, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 39.

⁷ Borges, Jorge Luis, *El libro de la Arena*, en *Obras Completas III*, Barcelona, EMECÉ, 1997, p. 69.

⁸ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 39.

⁹ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 40.

¹⁰ Agustín de Hipona, *Confesiones I*, 7, 12.

¹¹ Cf. Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 49.

¹² Aquí se plantea la dificultad de qué sentido referimos cuando decimos “palabra” o “lenguaje”, pues la profundidad del carácter precedente del lenguaje y su potencia dicente parecen variar entre la filosofía y el psicoanálisis lacaniano.

¹³ Incluso si nuestra imaginación pudiera ir más allá y nos fuera permitido ser los artífices de nuestro propio nacimiento podríamos decir: “yo me concibo”, en tanto la utilización del participio presente “estoy naciendo o estoy siendo concebido” denota no sólo el carácter de proceso que tiene la acción, sino también un cierto sentido de pasiva por el cual no somos los agentes de la acción sino sujetos pacientes de la misma.

¹⁴ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 52.

¹⁵ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 27.

¹⁶ No deja de ser una curiosa semejanza que en el acto del nacimiento la frente sea lo primero que venga a la luz y que en ritos de iniciación como el bautismo sea el lugar donde se imprime esa especie de segundo nacimiento.

¹⁷ Cf. Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 22.

¹⁸ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 146.

²⁰ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 70-71.

²¹ La imagen es de Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 65.

²² Zambrano, María, *Senderos*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1986, p. 15.

²³ Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 66.

²⁴ Cf. Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 104.

²⁵ Una de las condiciones de posibilidad de que los seres humanos se conduzcan hacia un mundo común, es “el desligamiento en el parto de todo individuo singular de la comunión fetal con la madre. Sólo después de esta ‘cimentación’ en comunión y tras su consiguiente explosión puede haber en algún momento algo así como una comunicación, pero no como un primer presupuesto, sino como un resultado posterior”. Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje*, p. 103.

²⁶ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 201.

²⁷ “Debido a que son *initium* los recién llegados y principiantes, por virtud del nacimiento, los hombres toman la iniciativa, se prestan a la acción”. Y este comienzo no es el mismo que el del mundo como *principium*. “Con la creación del hombre, el principio del comienzo entró en el propio mundo, que, claro está, no es más que otra forma de decir que el principio de la libertad se creó al crearse al hombre, no antes” Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 201.

²⁸ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 201.

²⁹ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 202.

³⁰ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 202.

³¹ Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 214.

³² Cf. Arendt, Hannah, *La condición humana*, p. 265.

³³ Mugica, Hugo, *Lo Naciente. Pensar el acto creador*, Valencia, Editorial Pre-textos, 2008 p. 55.